

Los pasajes cosmográficos de los comentarios a los salmos de Jaime Pérez de Valencia

Juan GIL

Hace tiempo que vengo reclamando para la figura de Jaime Pérez de Valencia, obispo de Crisópolis, el puesto de honor que le corresponde dentro de la ciencia cosmográfica de nuestro Renacimiento¹. Ya es hora, teniendo en cuenta que fuera de la Península Ibérica el obispo valenciano ha tenido más suerte, pues alguna atención le ha dedicado un historiador tan sabio, concienzudo y experto como W.G.L. Randles². Pero el veredicto de Randles, más interesado por la expansión portuguesa que por la española, llega a una conclusión en cierto modo negativa sobre nuestro autor, porque la incomunicación de los mares, admitida por Pérez, imposibilitaba evidentemente "toda posibilidad de alcanzar la India navegando enderredor de Africa o atravesando el Atlántico", lo que podía descorazonar a los navegantes, sí, pero no del todo. Quedaba abierta la otra alternativa, la de llegar —o al menos aproximarse— a la India por el Océano, cuya otra orilla el fraile presentía muy próxima; y ahí se le ha escapado a Randles el influjo que la doctrina de Pérez pudo haber ejercido en la teoría y proyección de los viajes al poniente en demanda de la otra costa, que bien podría ser la del Cipango y de Catay: esto es, ni más ni menos que en la génesis del descubrimiento colombino. Cristóbal Colón llegó a Castilla hacia 1485. Para esa fecha, habían salido ya de las prensas valencianas los *Commentaria in Psalmos* de nuestro obispo agustino (1484), verdadero monumento de erudición pasmosa.

Pero, ¿qué tiene que ver la Teología con la Cosmografía? Pues mucho, porque en aquel tiempo todas las ramas de las ciencias del Trivio y del Cuadrivio servían para calar en los recónditos misterios de las Sagradas Escrituras, si bien la sabiduría de un pagano como Aristóteles no se podía comparar nunca con la de un Salomón, que no en vano estaba inspirado por el Espíritu Santo. Así, al llegar en su exegesis al Salmo CIII Pérez creyó oportuno dar una doble versión del texto bíblico, desentrañando su sentido con una glosa literal y con otra glosa alegórica, según los criterios hermenéuticos del momento. Para ello procedió a hacer primero una descripción del

¹ *Mundo Viejo y Mundo Nuevo. Selección de mapas del siglo XVI*, Sevilla, 1989, p. 13ss.; "De Rubruc a Colón", *Columbeis*, V (1993) 426ss.

² *Da terra plana ao globo terrestre. Uma rápida mutação epistemológica. 1480-1520*, Lisboa, 1990, pp. 28-33.

globo terráqueo según él lo entendía, basándose en la doctrina de Ptolemeo³, que adobó con otras teorías antiguas (principalmente aristotélicas) y nuevas observaciones de los navegantes de su tiempo.

El hilo de su discurso es sencillo. La tierra, siguiendo al pseudo-aristotélico *Sobre el cielo y el mundo*, se encuentra en el centro del universo. El agua cubre una parte de la tierra, pero no la circunda: según había mantenido Ptolemeo, todos los mares –incluyendo el Océano (esto es, el Atlántico)– son mares interiores, y por lo tanto lagos; el agua es sólo la séptima parte del globo terrestre, tal y como había sostenido Esdrás. La tierra, pues, rodea las aguas; y la tierra está dividida en continentes por las cadenas montañosas: dos largas sierras la bordean en sus extremos, extendiéndose horizontalmente al norte y al Sur, y otras tres sierras la cortan verticalmente originando las divisiones continentales.

Fray Jaime sabía muy bien que en la mapamundi ptolemaica sólo estaba representada la mitad del globo terrestre, o sea, los 180 grados de la esfera que iban desde las Canarias hasta Catígara, el tan famoso como incógnito fondeadero de los chinos. De ahí que en un pasaje de su obra supusiera nuestro autor que más allá de la China podía haber teóricamente otros mares internos que hubiesen escapado al conocimiento de los europeos: en cierto modo le asistía la razón, pues aún quedaba por surcar el Pacífico. En cuanto al Océano (siempre el Atlántico), según el agustino sólo reinaba la incertidumbre sobre su costa occidental, aunque no faltaba mucho para arrancarle su secreto, pues se habían hallado islas (Canarias, Azores, Madeira) que no eran más que estribaciones de la tierra firme. ¡El Océano Atlántico, a punto de ser cruzado! Nos gustaría saber más acerca de las conversaciones y del auditorio de fray Juan, que indudablemente tuvo mucho que decir en los proyectos que entonces Colón andaba presentando a la Corte. El plan colombino, visto desde la perspectiva de Pérez, tenía el éxito asegurado, pues la costa occidental del Atlántico –tan cercana– correspondía al Asia; sin embargo, había en él un único pero decisivo fallo, pues ese litoral no era no precisamente el de China. Pero ¿quién había estado allá para dilucidar el problema y alcanzar seguridades? Hasta entonces, todo se reducía a hipótesis y conjeturas.

Mi intención es presentar en toda su extensión este importante texto cosmográfico (el comentario al Salmo CIII, 5-28) traducido al castellano. Me baso para ello en el ejemplar de la edición príncipe conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid (I-1759), cuyo Servicio de Reprografía me ha facilitado una fotocopia del pasaje en cuestión; en algunos pasajes difíciles he cotejado su texto con el de la edición lugdunense de 1531. Para poder seguir mejor el argumento, he añadido parágrafos, con epígrafes en negrita, y he puesto algunas notas –pocas– de crítica textual, señalando en cursiva los errores de la príncipe. Poniendo a disposición de todos este texto

³ Manejado muy probablemente en la edición romana (cf. nota 24).

capital, olvidado o desconocido, creo prestar un servicio a la historia de los descubrimientos geográficos y más especialmente, como queda dicho, a la génesis del primer viaje del almirante. Asimismo pienso que se despejarán todas las dudas, tantas veces expresadas, acerca de la seriedad y conocimientos cosmográficos de quienes tuvieron que discutir el proyecto colombino.

* * *

1. La tierra, centro del universo. *Que cimentaste la tierra.* Alaba la sabiduría divina y su providencia al crear y disponer la tierra y las aguas, primero, comparando la tierra y el agua con todo el universo; y segundo, comparando entre sí las partes de la tierra y del agua. Para la comprensión del texto hay que advertir que el centro del mundo está equidistante de la circunferencia de todo el universo. Así pues, como todas las cosas pesadas huyen de la circunferencia de los cielos, por la desemejanza de sus cualidades, hacia el centro del mundo, por esta razón la tierra, al ser más pesada que los demás elementos, está asentada en el centro del mundo, según se demuestra en el libro cuarto del *Cielo*⁴; en consecuencia la tierra, si se moviera del centro, subiría hacia el cielo, cosa que va contra su naturaleza y la de todo el universo. Ahora bien, como el agua es menos pesada que la tierra, pero más pesada que el aire, por ello Dios la colocó en la superficie de la tierra y debajo del aire. Así se explica lo que dice aquí el profeta cuando afirma: *Que cimentaste la tierra sobre su base*, es decir, sobre el centro del mundo que es inmóvil y estable, en el cual se afianza la tierra por su naturaleza y peso. Por esta razón *no se inclinará por los siglos de los siglos* de su centro y asiento estable; porque si se inclinara, subiría hacia el cielo, cosa que va contra su naturaleza y la de todo el universo.

2. El agua, revistiendo la tierra. Sin embargo, como el agua es menos pesada que la tierra, *el abismo*, es decir, el Océano y todos los mares, se ponen de inmediato sobre la tierra *como el vestido de un traje* y su cobertura: en efecto, igual que el vestido cubre al hombre en ciertas partes de su cuerpo, de la misma manera el agua del Océano y de los demás mares viste y cubre la tierra en ciertas partes. Después, lo que añade *Sobre los montes se posarán las aguas* etc., se puede entender de tres maneras: de la primera, porque en el Océano hay muchos montes cubiertos por las aguas; de la segunda, se puede leer como una interrogación, para que el sentido sea: "¡O Señor! ¿Se posarán las aguas sobre los montes, aunque sean más livianas?", como respondiendo "No", porque es menester que los montes y algunas partes de la tierra queden al descubierto para habitación de los hombres; en consecuencia, aunque naturalmente toda el agua debería circundar y cubrir toda la tierra, sin embargo Tú

⁴ Aristóteles, *Sobre el cielo*, II (y no IV) 14 (296 b 6ss.).

dividiste unas aguas de otras y apareció la tierra seca, de modo que las propias aguas, que deberían cubrir los montes, *huirán de la increpación* y orden *tuya* y *se espantarán de la voz del trueno*, es decir, de tu poder, y así, huyendo de los montes, se congregarán en el mar que se encuentra en las regiones interiores de la tierra. De la tercera manera, *Sobre los montes se posarán las aguas* se puede referir literalmente al agua de lluvia y a las nubes de agua que salen y se ciernen sobre los montes, las cuales envían la lluvia acompañada de truenos y rayos para increpación y terror de los hombres; así que entonces el sentido sería: "¡Oh Señor! Por orden tuya las aguas y las nubes se posarán sobre los montes, enviando lluvia y rayos sobre la tierra y los montes, en los cuales caen frecuentemente los rayos, que Tú ordenaste para increpación". *De tu increpación se espantarán y temerán de la voz de tu trueno*. Esto lo dice el profeta porque los hombres malos y conscientes de sus crímenes temen los rayos y las tempestades, recelosos de ser sorprendidos en sus crímenes, como dice Juvenal⁵.

3. La tierra y los mares. *Se alzan los montes*. Explica la disposición de la tierra en sus partes por los cursos y lugares de las aguas, disposición en la que se manifiesta de manera paladina la inmensa sabiduría y providencia del Sumo Hacedor. De ella se dice en el primer capítulo del Génesis que *Dios ordenó en el tercer día que las aguas se juntasen en un lugar; y así apareció lo seco entre los mares, y a lo seco lo llamó tierra y al conjunto de aguas lo llamó mares*. Sobre esta disposición de la tierra hay muchas y diversas maneras de pensar. En efecto, algunos suponen que todos los mares se comunican y que el Océano es mucho mayor que la tierra y la rodea por doquier, y que la tierra está en el agua como una pelota liviana o como una manzana en un lebrillo lleno de agua, de la que sólo sobresale su punta⁶; y dicen que así lo hizo Dios en el principio, pues, como toda la tierra estuviese cubierta por las aguas, Dios separó las partes de agua, y quedó la parte descubierta y enjuta para habitación de los hombres; pero como las partes de agua no se podrían contener sin inundar la superficie de la tierra si la tierra no estuviera elevada y desviada del centro hacia una parte del cielo, por ello dicen éstos que el centro de la tierra no es el centro del mundo, sino que por la atracción de ciertas estrellas se desvía del centro hacia un lado. Mas esta posición es manifiestamente insensata: en primer lugar, porque iría contra toda la filosofía, según se ha dicho, y contra la Sagrada Escritura citada, a saber, que *Dios cimentó la tierra sobre la base y el centro del mundo, del cual no se inclinará por los siglos de los siglos*; es insensata en segundo lugar porque, si la tierra fuera atraída del centro por una parte de las estrellas, se seguiría entonces que la tierra se moviera continuamente en redondo según el movimiento de las estrellas que la atraen, lo cual

⁵ *Sátiras*, XIII 223-24.

⁶ Es la doctrina que se lee en la mapamundi catalana de 1375 (Panel 1, lámina 1b 4, p. 15 ed. cit.): "La terra es quaix centre en lo mig del món... envoronada e çenyida en lo lim de la gran mar". Se trata de la síntesis que llamó Randles "bíblico-aristotélica" (*Da terra plana*, p. 13ss.), y que sostuvo teóricamente Juan de Sacrobosco en su *Esfera*.

es falso. Por esta razón sostienen algunos filósofos que el centro de la tierra coincide con el centro del mundo, pero que Dios en un principio alzó e hinchó una de sus partes, y que esta parte que aparece seca es como una joroba elevada sobre las aguas para nuestra morada, dividiendo las partes de agua; de esta manera salvan que la tierra permanezca siempre en el centro del mundo. Mas esta posición es insuficiente, pues siempre presupone que el Océano sea mucho mayor que toda la tierra, lo cual es falso, según se demostrará; y también se seguiría que aquella joroba de tierra fuera la parte mayor de la tierra, y por consiguiente la tierra no sería redonda, sino piramidal; de donde se desprenderían muchas consecuencias inconvenientes contra la posición de todos los filósofos y astrólogos.

4. La tierra según Ptolomeo. División en montes y valles. Por lo tanto se ha de decir que la posición y la descripción de Tolomeo sobre la disposición de la tierra y del agua es la más racional, la más conforme a la Sagrada Escritura y la más veraz, según se muestra a nuestros sentidos y ha sido probado por la experiencia de muchos hombres, que han viajado y navegado por diversas comarcas del mundo. Para evidenciar esto se ha de advertir que toda la disposición de la tierra consiste principalmente en montes, valles y campos en pendiente, pues por fuerza entre los montes se originan valles; y si los montes distan mucho entre sí, entonces entre ellos se originan en tales valles campos llanos, aunque nunca pueden ser tan llanos que no tengan alguna pendiente hacia el centro del valle. De ahí viene que las aguas de los montes, que manan de las laderas o de la falda de los montes, fluyan siempre por los campos en declive hacia el centro y las partes más bajas e inferiores del valle, de suerte que, al descender muchas fuentes, éstas se convierten al llegar a los valles en ríos; y como todos los valles por lo general están en pendiente y se inclinan hacia un valle más bajo que no tiene salida, por ello siempre los ríos bajan por los valles y campos en pendiente hasta el valle más bajo, donde se junta multitud de ríos de cuyo caudal se originan los mares, como se ve manifiestamente en nuestro mar Mediterráneo, en el mar Euxino y en el mar Caspio. En efecto, nuestro mar Tirreno y Mediterráneo no es sino un valle muy bajo que se origina entre el monte Atlas, por la parte de Africa, y los montes de España, Francia, Italia y Grecia por la parte de Europa. Hacia ese valle corren todos los ríos que fluyen de la vertiente septentrional del monte Atlas y de la vertiente meridional de los montes de España, Italia, Grecia y Asia Menor, de modo que todo el caudal de las aguas de estos ríos forman en este valle el mar Tirreno, mar que separa a Europa de Africa. De la misma manera el mar Pónico o Euxino⁷ no es más que un valle, que originan y cierran al Norte los montes Rifeos y parte del Cáucaso, al Este los montes de Armenia, al Sur los montes de Galacia y Capadocia y al Oeste los montes de Dacia; hacia este valle corre el Tánais⁸ con varios ríos desde

⁷ El mar Negro.

⁸ El Don.

el Norte, el Borístenes⁹, el Hípanis¹⁰ y el Danubio desde el Oeste y el Fasis¹¹ con otros varios desde Armenia, y asimismo recibe desde Asia Menor muchos otros ríos, cuyas aguas todas juntas forman el mar Póntico, el cual se une con nuestro mar Tirreno por el angosto estrecho de la Propóntide y el Helesponto; y después el mar Tirreno se une y se continúa con el Océano por el angosto estrecho de Cádiz. Ahora bien, si los ríos juntan sus aguas en un valle que esté circundado por doquier de montes, entonces crean un mar separado por sí del Océano y de los demás mares: de esta manera, el mar Caspio se forma de la unión de muchos y caudalosos ríos, a saber, el Ra¹², el Guerro¹³, el Daverix¹⁴, el Oxus¹⁵, el Cambises¹⁶, el Cir¹⁷ y el Araxes¹⁸, que confluyen en ese valle que cierran, al Este, las montañas del Ímavo¹⁹; al Norte, las montañas Hiperbóreas y parte del Cáucaso; al Oeste, las montañas de Armenia, y al Sur las montañas del Tauro y los montes de los Medos; así, de la unión de estos ríos susodichos y de otros muchos y aguas se forma en aquel valle el mar Caspio, que no toca en parte alguna el Océano ni otro mar²⁰; y lo mismo se ha de decir del mar Índico, según se verá. Por todo ello, es evidente que la concentración de aguas en ríos y mares está originada por la disposición de la tierra en montes, valles y campos en pendiente, pues los montes y los campos inclinados forman la tierra habitable, la unión de las fuentes forma los ríos y lagunas, y la unión de los ríos en los valles más bajos forma los mares.

5. Las cadenas montañosas. Y para que esto se vea con mayor claridad, se ha de advertir que hay cinco montes famosísimos que forman y cierran toda la cuarta parte habitable de la tierra, que es la que nosotros conocemos, junto con sus mares; dos de ellos la cierran por el Norte y por el Sur, y los tres restantes forman la tierra habitable que está en medio y limitan y cierran el mar entre sus laderas.

6. La barrera meridional. Así, pasada la equinoccial se encuentra a 15 grados un monte que viene ya en larga cadena del Oeste; éste limita el Océano y el golfo Hesperio; después avanza hacia el Este y limita al Sur toda el Africa que nosotros conocemos; y a continuación sigue desde el cabo Praso²¹ hasta Catígara, región de los

⁹ El Dniéper.

¹⁰ El Bug.

¹¹ El Rion.

¹² Rahi en la edición príncipe; se trata evidentemente del Ras (= Volga), la forma usada más abajo.

¹³ Pérez escribe en genitivo Gerri. El Guerro parece ser el Molocha voda, que desemboca en Melitopol.

¹⁴ El Daix de Ptolemeo (= el Iaec o Ural).

¹⁵ El Amu-Darya.

¹⁶ El Jora.

¹⁷ El Kur.

¹⁸ El Aras.

¹⁹ El Himalaya.

²⁰ Como habían pensado algunos geógrafos antiguos y medievales (entre ellos San Isidoro, *Etimologías*, XIII 15, 2).

²¹ Quizá el cabo Delgado, en la costa oriental de Africa.

sinas²², limitando por el Sur el mar Índico. Este monte en su arranque, donde empieza a ser conocido, esto es, en la costa del Océano occidental y del golfo Hesperio, es llamado por los griegos Hesperion ceras²³; después, cuando avanza hacia el Este, se llama Yon; después recibe sucesivamente los nombres de Dauquis, Xifas²⁴, Mesca, Bardeto y Aguesimba²⁵; por fin, cuando se ha prolongado hasta los 60 grados de longitud, se llama monte de la Luna²⁶, en cuya vertiente septentrional nacen las fuentes del Nilo que, al bajar a la llanura, forman dos lagos enormes; de ellos sale el Nilo²⁷, que corre hacia el Norte a través de Etiopía hasta Egipto, en cuya costa absorbe sus aguas nuestro mar. A su vez, este monte de la Luna sigue más allá hacia Oriente hasta los 80 grados de longitud; entonces, al tocar el mar Índico, se llama Praso y forma un cabo al comienzo del mar Índico y del golfo Barbárico²⁸. Después se extiende más allá hacia el Este a lo largo de 110 grados hasta Catígara, fondeadero de los sinas, limitando el mar Índico por el Sur, y avanza aún más allá por la tierra desconocida, cuyo término se desconoce.

7. El Paraíso Terrenal, en la montaña de la Luna. Así, esta montaña ciñe y limita toda Africa y Asia por el Sur, ignorándose su principio y su fin. Y es tan alta, que en su falda se origina fuego por la refracción de los rayos del sol, sobre todo durante nuestro invierno, porque entonces caen sus rayos perpendicularmente sobre ella²⁹; pero en la mitad de la montaña hay nieves perpetuas, que al deshelarse en los equinoccios colman los lagos: debido a esta abundancia de agua el Nilo inunda la tierra en el equinoccio. En la cima de la montaña no hay ni lluvias ni vientos, por lo que piensan algunos que, a causa de su templanza, se encuentra allí el Paraíso de las Delicias. Esta montaña, desde Praso hasta Catígara, es llamada Peon³⁰ por los griegos,

²² Los sinas son los chinos; la localización de Catígara, en el hemisferio austral, es imposible: se trataría, según una inverosímil conjetura de Herrmann (*RE* XXII 2, c. 1706, 60ss.), de la Caucigu de Marco Polo (= Hanoi). De Catígara habló mucho Colón (cf. C. Varela-J. Gil, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos. Nuevas cartas*, Madrid, 1992, p. 377, 488): como que se sintió cercano a ella en su cuarto y último viaje.

²³ Hesperivera la príncipe.

²⁴ *La edición de Roma trae Xiphe, Siphae la de Vicenza (Zipha Ptolemeo); parece probable, en consecuencia, que Pérez manejara la edición de Roma.*

²⁵ Se trata de orónimos africanos que cita Ptolemeo (IV 8, 3), todos ellos en la frontera austral; pero Aguisimba (Ptolemeo, IV 8, 2) es la región de los etíopes que se extiende junto a la "tierra desconocida"; Colón la identificó con el cabo de Buena Esperanza (Varela-Gil, *Documentos completos*, p. 91; así también el Memorial de la Mejorada, *ibidem*, p. 336). Pérez enlaza estos montes en una cadena continua.

²⁶ Lo había situado más concretamente Ptolemeo (IV 8, 2) entre los 57 y los 67 grados de longitud: se ve que Pérez está contemplando la tabla IV de Africa.

²⁷ Sigue Pérez fielmente la cartografía ptolemaica, que todavía sirvió de base a J. Ruysch en su *mapamundi* (Roma, 1507). De estos lagos salen dos brazos, que luego se unen formando el Nilo.

²⁸ Para Ptolemeo, es el golfo que hace la costa oriental de Africa hasta enlazar con la tierra austral.

²⁹ Recuérdese que a la refracción de los rayos del sol, casi perpendiculares a la tierra, achaca la insalubridad del Darién Pedro Mártir de Angleria (*Decades de orbe nouo*, Coompluti, 1530, III 6).

³⁰ Quizá por falsa conexión etimológica con *pir*, 'fuego'; el nombre no es ptolemaico.

ya que se origina fuego en su falda y en su medio se ven siempre rayos, fulgores y centellas³¹.

8. La barrera septentrional. De la misma manera, en el hemisferio Norte, a los 30 grados de longitud y 66 de latitud comienza casi sobre Escocia un promontorio al que Tolomeo y todos los antiguos dieron el nombre de Tule y que Tolomeo consideró isla, aunque en verdad se ha averiguado después por la experiencia que aquel monte se alarga hacia el Oriente hasta el monte Rifeo, región que hoy se conoce por Noruega; más allá de ese monte se extiende hacia el Norte otra gran comarca que se llama Suecia, cuyo fin hacia el polo se ignora. La región denominada Noruega, ya conocida por los navegantes latinos³², está en su mayor parte bajo el dominio del rey de Dacia³³. Entre ella y Alemania se forma el golfo Sarmático, que se une con el Océano occidental por un estrecho angosto entre el cabo Címbrico³⁴ y Noruega. Después, estos montes de Noruega se prolongan hasta los montes Rifeos, donde nace el Tánais; a continuación siguen hasta los montes Hiperbóreos y después se prolongan transversalmente hasta el Ímavo; acto seguido ciñen toda la Escitia Sérica por el Norte y por fin avanzan hacia Oriente a través de la tierra desconocida, cuyo término se ignora, limitando por el Norte toda la Europa y el Asia conocida. La única tierra, pues, que conocieron los profetas y los geógrafos griegos y latinos es la que yace entre estos montes y los montes de Etiopía, que mide una cuarta parte de la tierra habitable.

9. Las tres sierras. Primera cordillera: Europa. Pero entre estos dos montes larguísimos se encuentran otros tres montes de menor longitud, que hacen que toda la tierra habitable se divida en tres partes, a saber, Asia, Europa y Africa. En efecto, cada uno de estos tres montes forma un continente con uno de los montes extremos. Primeramente, al Oeste, a 3 grados de longitud y 43 de latitud se eleva en España un promontorio que se llama Céltico³⁵, en la región de Galicia, promontorio al que los lugareños dan el nombre de Finisterre, junto al cual está situada la iglesia de Santiago. Este monte se extiende hacia Oriente, limitando por el Norte el Océano hasta los montes Pirineos; después el dicho Pirineo, que separa a España de Francia, formando en España muchas estribaciones de las que nacen varios ríos, se extiende en línea oblicua hacia Oriente; acto seguido el Pirineo avanza por la Galia Narbonense hasta

³¹ Una descripción del Paraíso austral se encuentra en el comentario al *Salmo LXXI (Expositiones in CL Psalmos*, Lugduni, 1531, f. 264r, f. 196r). También Dante lo puso al otro lado del Ecuador. La idea de un monte como el Peón, en el que se mezclan todos los climas, podía tener cierta base por las noticias que corrían acerca de unas montañas de Noruega que tenían en su falda fuego de azufre y en la cima nieve (cf. Olao Magno, *Historia de gentibus septentrionalibus*, Romae, 1555, II 2, p. 61).

³² Es decir, italianos o más en general europeos.

³³ Entiéndase Dinamarca.

³⁴ El cabo Skagen.

³⁵ Es el Nerio de Ptolemeo.

Lión y a continuación hasta el monte Adulas³⁶, que separa a Francia de Italia. A su vez, el monte Adulas forma tres cordilleras que reciben todas ellas el nombre de Alpes: la primera se llama Apenino, que se extiende hacia Oriente, limitando al Sur el mar Tirreno y al Norte el golfo Adriático: termina en Regio y en el Faro³⁷ de Sicilia. Por lo tanto, este monte forma él solo a Italia entera, teniendo en su vertiente Sur la costa de Génova, la Etruria, la Lavinia, la Campania y la Lucania, y en su vertiente septentrional la Lombardía, la Flaminia o Romagnola, el Piceno que se llama Marta, los Abruzzos, Apulia y Calabria, que antes se decía Magna Grecia. Por ello, en toda Italia no hay más que este monte Apenino, que se eleva entre el mar Tirreno y el golfo Adriático. Después, este monte Adulas envía otra cordillera hacia Oriente, llamada Recia, dejando al Sur la Lombardía, Venecia y Dalmacia, y al Norte la Recia, el Vindélico, el Nórico y la Panonia: así se extiende y forma toda Grecia entre el golfo Adriático y el mar Egeo. Acto seguido el monte Adulas forma otra cordillera que se llama monte Sárma<ta>, que se extiende hacia el vulturno³⁸ y llega en línea oblicua hasta los montes Rifeos, a cuyo pie está la región que se llama toda ella Sarmacia europea. Después el Adulas sigue recto, haciendo otra cordillera hacia el Norte hasta el cabo Címbrico, y así forma a toda Alemania. De aquí se desprende que este monte Adulas, con sus cinco estribaciones, hace a Europa entera: en efecto, por la cordillera que envía hacia el Occidente forma a Francia y España, y por las otras cordilleras susodichas forma a Italia, Grecia, Sarmacia y Alemania, en las que queda comprendida toda Europa con las montañas de Noruega.

10. Segunda cordillera: Africa. Asimismo, a 4 grados de longitud y a 25 de latitud arranca otro promontorio a orillas del mar que se llama Gran Atlas. Este monte se extiende hacia Oriente casi bajo el trópico de Cáncer hasta el mar Rojo o golfo Árabe, dejando al Sur a toda Etiopía y Libia y al Norte a la Tinguitana, Cesarea y toda la costa de Africa hasta Egipto. Por tanto, este monte Atlas junto con las montañas de Etiopía forma a Africa entera, pues todo lo que se encuentra entre estos montes corresponde a Etiopía, pero toda la vertiente septentrional de este monte Atlas se llama costa africana.

11. Tercera cordillera: Asia. Asimismo, pasado el Helesponto y a partir del mar Egeo empieza a los 58 grados de longitud y los 37 de latitud otro monte en Caria³⁹, que se dirige derechamente hacia Oriente a través de toda Asia hasta la región de los sinas, la última que conocemos, monte que es tan largo que según sus partes recibe

³⁶ Todavía lleva hoy el nombre de Adula un macizo de los Alpes.

³⁷ Esto es, el estrecho de Mesina, llamado en el Medioevo Faro.

³⁸ Es decir, el N.E.

³⁹ *La príncipe, aquí y más abajo*, Icaria.

varios nombres. Así, se llama en su comienzo, en Caria, Fénix⁴⁰; después se llama Cadmo, formando al Sur a Licia y Panfilia y al Norte a Bitinia y Capadocia; a continuación, subiendo en altura, se llama Tauro, enviando al Antitauro hacia el vulturno y Armenia; después el Tauro, avanzando hacia Oriente hasta la Media, se llama Corono o Medo, formando toda la región de los medos, en la que se encuentra la gran ciudad de Tauris⁴¹ y Cordia; después continúa, dejando al Sur a Siria, Mesopotamia, Persia y Aria⁴², y al Norte a Hircania⁴³, Bactria⁴⁴, la comarca de los sacas y maságuetas; después sigue hacia Oriente y se llama Ímavo longitudinal, que tiene al Sur a la India aquende el Ganges y al Norte a los maságuetas; este Ímavo envía hacia el Norte una estribación, llamada Ímavo transversal, cuyo fin se ignora. A su vez, el Ímavo longitudinal continúa hacia Oriente y se llama Sero⁴⁵ y después Otocoras⁴⁶, que tiene al Sur a la India allende el Ganges y a la región de los sinas, que es la última que conocemos, y al Norte la Escitia allende el Ímavo y la región Sérica, región que quedó siempre fuera del conocimiento de griegos y romanos por la crueldad de sus habitantes, de los que se dice: "Los seres, desconocidos de cara, pero conocidos por sus copos"⁴⁷. Pero en el año de gracia de 1200 salieron de aquella región los tártaros, que devastaron y sometieron todas las Indias, la Partia, la Media, la Persia, toda la Escitia aquende el Ímavo y la Sarmacia, de modo que los pueblos de aquella región nos fueron dados a conocer por nuestros pecados. Casi toda esta región de los seres se llama hoy reino de Catay, cuyo señor y rey tiene el nombre de Gran Can, que domina también a todas las Indias y a los maságuetas. Este monte Sero y el Otocoras tiende más allá, hacia Oriente, a través de una tierra desconocida cuyo fin se ignora. Por todo ello es evidente que este monte forma a toda Asia con sus dos laderas: de su vertiente meridional sale un sinfín de ríos que corren y desembocan en el mar Índico.

12. Consecuencias de lo anterior. De todo lo dicho se sigue que los cinco dichos montes principales, a saber, los dos extremos y los tres intermedios, forman por sus alturas y elevaciones sobre los valles toda la tierra habitable que nos es conocida. Y también se sigue otra consecuencia: que los mares no son más que valles muy bajos entre montes altísimos, en los cuales valles confluyen todos los ríos y todas las aguas que descienden de los montes y discurren por los valles y los campos en pendiente. Por tanto, nuestro mar Mediterráneo no es más que un valle muy bajo que se origina

⁴⁰ Los nombres son ptolemaicos; pero Pérez convierte una ciudad de Licia (*Fenix*) en un monte.

⁴¹ Parece referirse a Tabriz, que desde luego no se halla en la Media.

⁴² Es decir, la Ariana (= Irán).

⁴³ La región que se encuentra al S.E. del mar Caspio.

⁴⁴ La región de Bactra (= Balj).

⁴⁵ De los Seres o chinos.

⁴⁶ Los fabulosos montes Uttarakuru de la Antigüedad sánscrita.

⁴⁷ Es un verso de un poeta desconocido citado por San Isidoro (*Etimologías*, IX 2, 40).

por la depresión entre el monte Atlas en Africa y los montes de Europa, mar que recibe todos los ríos que bajan de uno y otro monte: en efecto, de los montes de España recibe al Segura y al Júcar, en el litoral de nuestra floreciente ciudad de Valencia al Turia, junto a Tortosa al famosísimo Ebro y junto a Barcelona al Llobregat y a muchos otros ríos que descienden de los montes Pirineos. De los montes de Francia recibe al Ródano junto con muchos otros; de los montes de Italia recibe al Arno, al Tíber, al Garellano, al Volturno y a muchos otros; en el golfo Adriático recibe al Po, no lejos de la famosísima ciudad de Venecia; y así sucesivamente recibe otros muchos ríos de los montes de Macedonia en el mar Egeo, y de los montes de Licia, Panfilia y Cilicia en el mar de Rodas. A su vez, de los montes de Etiopía y Africa recibe al celebrísimo Nilo, al Bagradas⁴⁸ y al Milaca⁴⁹. Pero como nuestro mar Mediterráneo se continúa con el mar Euxino a través del angostísimo Helesponto y el Bósforo de Bizancio, por ello recibe en el Ponto al gran Danubio, al Borístenes, al Tánais y al Fasis con un sinfín de otros ríos, de cuya unión se forma aquel mar. Asimismo entre los montes de Armenia, el Cáucaso, el Coronó y el Oxus se origina un valle muy bajo que no tiene salida, donde se junta un sinfín de ríos enormes que forman el mar Caspio, pues este mar recibe al gran Araxes de las montañas de Armenia, al gran Ras⁵⁰ de las montañas Hiperbóreas, al Danxis⁵¹ y al Guerro de las montañas⁵², al Yaxartes⁵³ y al Oxus del Ímavo, y al Ciro y al Cambises de las montañas de los medos junto con muchos otros sin cuento; este mar está limitado y circundado por todas partes de montañas, sin tocar por parte alguna al Océano ni a otro mar. Asimismo entre los montes de la India y el monte Peon, al Sur, se origina otro valle anchurosísimo en la que vierten todos los ríos que descienden de uno y otro mar, de cuya unión nace el mar Índico, que está cerrado por doquier de montañas y que tampoco toca por parte alguna al Océano ni a otro mar. Este mar recibe de los montes de Africa muchos ríos que nos son desconocidos, pero de las montes de Asia recibe al Seno, al grandísimo Danas⁵⁴, al Ganges y al Indo junto con otros infinitos; de los montes de los medos recibe al Ario⁵⁵, y en el golfo Pérsico recibe al Eufrates con el Tigris y los demás. De todo lo dicho es evidente que los mares no son más que concentraciones de agua en los valles más bajos entre montañas. También se sigue que no todos los mares tocan al Océano ni se juntan con él. También se sigue que el Océano no circunda toda la tierra, como piensa el vulgo, sino que está rodeado de montañas por todas partes. En efecto, nos es conocida su costa al Oriente y al Sur,

⁴⁸ El Mjerdah.

⁴⁹ Probablemente se refiere al Muluca salustiano (el Maluya), el Malua de Ptolemeo (IV 1. 4).

⁵⁰ El Volga.

⁵¹ Antes se había escrito *Daverix*.

⁵² Se esperaría un nombre; pero Pérez lo dejó sin escribir y luego se olvidó de corregir la frase.

⁵³ El Syr-Darya.

⁵⁴ Estos dos ríos corren, según Ptolemeo, por el Aurea Quersoneso (= península de Malaca).

⁵⁵ El Heri.

aunque nos queda por conocerla al Occidente y al Norte; pero los navegantes han descubierto muchas y grandes islas hacia Occidente, pues su costa occidental no⁵⁶ está muy distante, según Aristóteles al final del libro segundo *Sobre el cielo*⁵⁷.

13. Recapitulación: la tierra, centro del universo. De lo antedicho se desprende que no conviene poner el centro de la tierra fuera del centro del mundo; antes por el contrario, es su centro, equidistante de la circunferencia. En cuanto a la tierra, es en sí misma una esfera redonda y en todas sus partes tiene montes elevados que limitan el Océano y también los otros mares, porque los montes contienen entre sí el Océano y los demás mares como en un recipiente, según se dice en el *Salmo XXXII: Juntando como en un odre las aguas del mar, poniendo en un tesoro los abismos*⁵⁸, es decir, pone los mares como un tesoro en un arca y en un recipiente; y lo mismo se prueba por el capítulo VIII de los *Proverbios*, donde dice la Sabiduría divina: *Cuando preparaba los cielos estaba yo presente, cuando con ley cierta y un vallado cercaba los abismos, cuando aseguraba en alto el éter y equilibraba las fuentes de las aguas*⁵⁹.

14. Dos dudas. Sin embargo, contra lo dicho ocurren dos dudas. En efecto, se ha afirmado en primer lugar que los ríos no son más que concentraciones del agua que mana de las fuentes, de las raíces y laderas de los montes y alguna vez de los campos, etc. Se ha dicho también que estos ríos descienden a los valles y a las partes más bajas de la tierra y que de su unión se forman los mares. Así pues, de lo primero viene la duda de dónde pueda surgir o crearse tan gran abundancia y multitud de agua como vemos que se junta en los grandes ríos; de lo segundo viene la duda de por qué los mares no crecen y cubren las tierras y los campos vecinos, y eso que reciben continuamente el caudal de grandísimos ríos y tan gran abundancia de agua. Estas dos dudas piensa que las resuelve Aristóteles⁶⁰ en el segundo de los *Meteoros*⁶¹: en cuando a lo primero arguye que de las concavidades de la tierra y sobre todo de los propios montes se elevan vapores húmedos que se convierten o se congelan en agua, y así manan las fuentes de las laderas y cimas de los montes; también del aire encerrado en las cavernas y entrañas de la tierra se genera continuamente agua, y de esta suerte, por sus concavidades, en las raíces de los montes y en los campos manan las fuentes, de cuya unión se forman los ríos que corren al mar. A la segunda duda responde que por el calor intenso de los rayos solares hay continuamente evaporaciones en el mar,

⁵⁶ En la edición príncipe se lee *nec etiam multum distant*, corrompido en la de Lión a *nam etiam*. Falta también la negación en la traducción ofrecida por Randles.

⁵⁷ II 14 (298 a 9ss.). Esta fue la cita que, después del viaje de Colón, adujeron triunfalmente los humanistas, entre ellos Pedro Mártir (*Decades*, I 1), como prueba de que el almirante había tocado la India.

⁵⁸ *Salmo*, 32 7.

⁵⁹ *Proverbios*, VIII 27ss.

⁶⁰ *Meteorologica*, II 2 (354 b 18ss., b 33ss.), 3 (356 b 4ss.).

⁶¹ *Methodorum en la príncipe*.

a consecuencia de las cuales el agua por lo general se convierte en aire y se evapora, de modo que el mar no crece nunca. Ahora bien, si queremos llegar de veras al fondo de la cuestión, aunque estas razones tengan su parte de verdad, sin embargo no son suficientes ni despejan dichas dudas, porque es evidente que de diez puñados de aire apenas se forma un puñado de agua; por tanto, el aire encerrado en la tierra o los vapores que se elevan de las concavidades de los montes bastarían y bastan para crear algunas fuentecillas que manaran en la cúspide de los montes, pero de ningún modo podrían bastar para generar continuamente tanta abundancia de agua. En efecto, vemos que el Araxes ya en su nacimiento fluye grandísimo y mana caudaloso de los montes de Armenia: entonces, sería menester que entrara diez veces más cantidad de aire en las concavidades de aquellos montes para crear tanta copia de agua, cosa que es falsa y no comprobada, porque sería menester que entrara por aquella ladera del monte con máximo ímpetu una proporción diez veces mayor⁶² de aire para generar sin cesar esa cantidad de agua. Tampoco la segunda solución satisface, pues la tal evaporación del agua del mar por los rayos solares no tiene lugar continuamente, sino sólo de día, y no en todo tiempo, sino sólo en verano y en los ardores del día, y no por igual en todas las partes del mundo, sino sólo cerca de los trópicos; así, en el invierno, durante la noche y en las regiones boreales la evaporación es escasa por la lejanía y debilidad de los rayos del sol. Ahora bien, continuamente y en todo tiempo desemboca en el mar un sinfín de ríos caudalósísimos y especialmente en el Caspio, que apenas tiene 2.000 millas de longitud y 1.000 de anchura, mar del que dicen los filósofos que, si de algún modo pudiera vaciarse, se llenaría en diez días, ya que vierten en él sus aguas diez ríos mayores que el Danubio junto con otros 120 más. Y sin embargo, este mar no crece nunca, como tampoco los demás mares.

15. La circulación del agua. Por tanto se debe decir, en concordancia con la Sagrada Escritura, que aquel sapientísimo arquitecto, Dios omnipotente, en el principio de la creación dispuso la faz de la tierra alzando los montes, abatiendo los campos y hundiendo los valles más bajos, en los cuales se juntan todas las aguas que descienden de los montes por los campos, según se ha dicho. Y así igualmente dispuso las partes interiores y las entrañas de la tierra, porque creó en ella venas y conductos subterráneos que penetran por toda la tierra, por las cuales venas corre continuamente el agua, como vemos de manera manifiesta. En efecto, en el fondo de cualquier mar hay multitud de sumideros de agua, la cual se desliza por las venas susodichas, penetra en las partes de tierra, se hace dulce por el frío, emerge por el equilibrio y brota de las raíces y de las laderas de montes apartados para convertirse en ríos que fluyen y descienden por la faz de la tierra hasta el mar.

⁶² *La princeps trae de culpa en vez de decupla.*

16. Comparación con la circulación de la sangre. Consecuencias. De todo lo dicho se sigue en primer lugar que el agua que discurre en la superficie primero serpentea y corre por las venas, conductos y galerías de las entrañas de la tierra igual que la sangre se mueve continuamente por las venas del hombre vivo, porque el hombre se llama *microcosmo*, es decir, 'mundo pequeño', hecho a la semejanza del mundo grande. Y esto lo comprobamos de manera manifiesta. En efecto, en cualquier parte de la tierra que excavemos encontramos siempre venas de agua que corren por sus entrañas; y no sólo en las entrañas de la tierra, sino en las de las rocas se encuentra agua que pasa y penetra en las rocas por venas, así que en esas rocas se hacen pozos, como lo he visto yo con mis propios ojos varias veces en diversos lugares. Por tanto, así como en el hombre hay venas grandes, por las cuales discurre la sangre en abundancia, y también hay las meseraicas⁶³, por las que discurre la sangre en pequeña cantidad, del mismo modo sucede en las entrañas de la tierra, y en esto se manifiesta la suma sabiduría del Hacedor. De aquí se sigue en segundo lugar que el agua se mueve continuamente en círculo: la mitad de este círculo lo describe en la superficie y la otra mitad en las entrañas de la tierra, pues la misma agua que se sume en el fondo del mar y serpentea por las venas y conductos subterráneos hasta brotar de los montes y de los campos, corre después por los valles y campos en pendiente hasta el mar, así que el agua se mueve siempre en círculo. En tercer lugar se sigue que los mares nunca aumentan ni decrecen en sus partes formales, porque cuanta agua entra en ellos por los ríos que corren sobre la tierra, casi otra tanta sale y se sume en su fondo y serpentea continuamente por las venas de las entrañas de la tierra hasta emerger de montañas y campos en fuentes y ríos. También este movimiento es siempre circular. Y esto lo afirma el sabio Salomón en el capítulo primero del *Eclesiastés*: *Todos los ríos dan al mar, y el mar no se desborda, y vuelven al lugar de donde salieron para fluir de nuevo*⁶⁴, palabras de las que se desprende la solución manifiesta de las dudas antedichas.

17. Inferioridad de Aristóteles ante Salomón. Se ha de advertir, sin embargo, que ello no quita que la razón dada por Aristóteles tenga su pizca de verdad, pues en las concavidades de los montes se elevan, sí, por sus cimas y laderas algunos vapores que se vuelven a convertir en fuentes, de modo que en tiempo de gran sequía se secan tales hontanares por falta de vapores. También del aire encerrado en las cavernas se genera un poco de agua. Ahora bien, esa agua que se crea de los vapores y del aire no daría abasto a tamaña abundancia y continuo flujo de agua como para formar ríos tan caudalosos. También es verdad que los rayos del sol en los ardores del día convierten parte del agua del mar en aire; pero tal evaporación es pequeña y no continua, en

⁶³ *La príncipe siempre miseraice.*

⁶⁴ *Eclesiastés*, 1 7.

comparación con tanta cantidad y abundancia de agua como muere sin cesar en los mares. En efecto, aunque en el mar Índico se produzca gran evaporación porque se encuentra entre los trópicos, sin embargo ello no sucede así en el Caspio, que está al Norte, ni tampoco en el mar Pónico, de suerte que siempre crecerían los mares de no salir gran abundancia de agua de otra parte, como se ha dicho. Por lo tanto, hay que dar más crédito a Salomón, el cual, instruido por el Espíritu Santo, dice en el primer capítulo del *Eclesiastés* que *todos los ríos dan al mar y el mar no se desborda, y vuelven al lugar de donde salen para fluir de nuevo*. Lo mismo trataba de indicar el Señor en el *Salmo XXXII*, al decir: *juntando como en un odre las aguas del mar y poniendo en un tesoro los abismos*, pues los abismos y profundidades del mar son los tesoros de donde salen las aguas por las venas de la tierra. De esta suerte en la disposición de la tierra, del mar, de las fuentes y de los ríos se manifiesta la inefable omnipotencia, sabiduría y providencia del Hacedor, de cuya sabiduría dice Salomón en el VIII capítulo de los *Proverbios*: *Cuando preparaba los cielos estaba yo presente, cuando con ley cierta y un vallado cercaba los abismos, cuando aseguraba en lo alto el éter y equilibraba las fuentes de agua, cuando señalaba al mar sus mojones y ponía su ley a las aguas para que no traspasaran sus términos, etc.*

18. Otras tres consecuencias. De estas palabras de Salomón se siguen tres conclusiones. La primera, que los abismos y los mares están rodeados de montes y circundados de costas. La segunda, que las fuentes de agua brotan y salen de los montes por virtud de cierto equilibrio, según se ha dicho, y por consiguiente el agua no siempre se genera del aire ni de los vapores. La tercera, que todo mar tiene fin y términos dentro de los cuales queda encerrado por lo que dice: *cuando señalaba al mar sus mojones* etc. De esto se evidencia que el mar no contiene las tierras, sino que, al revés, es contenido entre los montes y las costas de la tierra. Esto es lo que trata de indicar David en esta parte cuando dice: *Se alzan los montes y se abaten los campos*, como diciendo: Tú, Dios, al principio dispusiste la tierra por las necesidades de los animales y de las plantas de modo que toda la tierra consiste en montes, campos y valles, pues Tú alzaste en alto los montes y creaste los campos en pendiente y declive; y así los campos, aunque parezcan llanos, siempre tienen, sin embargo, una pendiente y declive hacia el lugar que les señalaste, es decir, hacia los valles, que cimentaste en el puesto más bajo para que fueran lugar de las aguas, ya que descenden de los montes a través de los valles y de los campos pendientes hasta los valles más bajos, de cuya unión se forman allí los mares, según queda dicho. De todo esto se desprende que los montes terminan el mar. Por ello añade: *Les pusiste término que no pasen* etc., como si dijera: Les pusiste a las aguas los montes como término que no pasen ni vuelvan a cubrir la tierra, ya que las aguas, una vez que han descendido al lugar más bajo, no pueden subir ni volver ni regresar a la cima del monte, porque entonces subirían contra su naturaleza; por tanto descansan en los valles más bajos. De tal disposición y orden de la tierra se sigue otra utilidad, pues *Tú sueltas las fuentes a los valles*, es decir, *las aguas pasarán* por los valles y *entremedias de los*

montes, pues las aguas descienden primero de los montes y después pasan entremedias de ellos por los valles, ya que siempre entre los montes hay valles por los que pasan las aguas y así descienden a los campos y por fin a los mares, porque son los lugares más bajos de la tierra.

19. Fin de lo creado. Pero esto no lo hizo Dios a la ventura, sino buscando la utilidad de los hombres, ya que tales fuentes y ríos sirven a los animales para sus necesidades, de modo que añade: *Beberán todas las bestias del campo* de estas aguas: *los onagros*, es decir, los asnos silvestres y las demás bestias, *las esperarán en su sed*, es decir, cuando tengan sed vendrán a estas aguas de las fuentes y de la lluvia; y *las aves del cielo habitarán*, es decir, volarán, *sobre ellas*, es decir, los ríos, o habitarán a orilla de los ríos o en las rocas ribereñas, y *lanzarán trinos en medio de las piedras*, como si dijera: cantarán a la orilla de los ríos, como vemos con frecuencia que cantan las aves cuando vienen a beber a las fuentes o a los ríos. De lo antedicho se ve la profundidad de la sabiduría y de la providencia de Dios, pues de la disposición en que creó la tierra se salva y se resuelve toda la duda que pudiera haber. En efecto, a consecuencia de que los montes son altos por necesidad descienden las aguas entre los montes por los valles, y de ahí corren por los campos que por fuerza están en pendiente hacia el lugar más bajo de la tierra, que son los valles donde se juntan todas las aguas, y así se forman los mares. Por tanto, los montes y los campos sirven para dar albergue a los hombres; las fuentes y los ríos para dar de beber a los animales, para limpiar las inmundicias y para regar los campos, y los mares para navegar, según se verá más abajo.

20. Fin del agua. Después, cuando dice *regando los montes*, alaba la providencia y sabiduría de Dios respecto a la disposición de las lluvias. En efecto, aunque las aguas de las lluvias y de las fuentes bastan para dar de beber a los animales y para regar algunos campos, sin embargo no son suficientes para regar los montes ni todas las partes de la tierra, ya que no llegan a la cima de los montes ni tocan la tierra en todas sus partes; y tampoco son suficientes para nutrir las plantas. Por tanto, son necesarios los ríos para colmar las cisternas y regar los montes y todas las partes de la tierra a las que no pueden llegar las fuentes y las lluvias. Por consiguiente, el sumo y sabio Hacedor, Dios, proveyó de las aguas de la lluvia, pues dispuso de tal modo la máquina del mundo que el sol, por el poder y el calor de sus rayos, atrajera los vapores húmedos de la tierra hasta el espacio medianero del aire, donde éstos por antiparistasis⁶⁵ se enfrían y se congelan en nubes, que a su vez se disuelven en agua. Así, la lluvia cae por su propio peso sobre los montes y todo el suelo para nutrir los árboles y las plantas, y así germinan los frutos de la tierra, crecen las plantas para

⁶⁵ La palabra no figura en los glosarios de griego antiguo: ¿'correspondencia'?

comida de hombres y bestias y se llenan las cisternas para dar de beber a los hombres. Y esto es lo que trata de decir Dios en este pasaje, al decir: "¡Oh Dios! *Tú riegas los montes desde un lugar superior*, es decir, riegas la cima y la cumbre de los montes por medio de las aguas de lluvia que descienden de las nubes. *Y así se saciará la tierra del fruto de tus obras* que produce la tierra cuando es regada, pues de tal lluvia *harás brotar en los montes heno para los jumentos* y *hierba para el servicio de los hombres*. El sentido es: Tú harás brotar heno y hierba para los jumentos para el servicio, es decir, para que sirvan al hombre, porque Dios alimenta a los jumentos para el servicio de los hombres.

21. Los tres frutos de la tierra. Y envías esta lluvia *para hacer salir el pan de la tierra* y para que *el vino solace el corazón del hombre*, es decir, riegas también la tierra por medio de la lluvia para que los olivares crezcan y se nutran y produzcan aceite, a fin de que el hombre ensanche su corazón y se unja y *exhilaré⁶⁶ su faz con el aceite*, o a fin de que goce viendo la abundancia y cantidad del aceite, y sea tan grande la cantidad de *pan que conforte* y fortalezca *el corazón del hombre*. De tales lluvias *se saciará* y se nutrirá *la madera* y los *árboles del campo* y los *cedros del Líbano, que plantó* solo Dios sin las manos ni el cuidado de los hombres. Hay que advertir que el profeta alude en particular a tres frutos especiales de la tierra que nutre la lluvia celestial para conservar la vida del hombre, que son el pan, el vino y el aceite, porque estos tres frutos son muy necesarios para el uso común de la vida humana por los tres efectos que tienen sobre el hombre, según recuerda el profeta en esta pasaje. En efecto, el pan conforta el corazón del hombre, es decir, lo fortifica y sustenta, pues comer pan después de sufrir hambre e inanición restablece al hombre exhausto y vivifica su corazón y sus fuerzas que flaqueaban por el hambre. Asimismo el hombre se entristece y desmaya con la sed, pero beber vino refocila y alegra su corazón. Dice una cosa que vemos de manera manifiesta, pues si se da vino a los que han sufrido un síncope, al punto dan señales de vida, recobran el sentido y el movimiento y se alegran, por lo que está claro que el vino alegra el corazón del hombre. Asimismo añade *que exhilaré su faz con el aceite*. Para comprender esto se ha de notar que 'exhilarar' es lo mismo que abrir por la alegría la boca, la nariz y todas las venas y lanzar un soplo con risa por virtud de dicha alegría interior, como vemos que les ocurre a los que se ríen, pues así como por la tristeza se arruga la cara, se contrae la boca, la nariz y las venas y se constriñe la respiración, así por el contrario a causa de la alegría, la salud y la buena disposición se abren todas las partes antedichas y se exhala un soplo por la boca y la nariz, mostrando así en el rostro la alegría del corazón mediante la risa; y entonces se dice que 'exhilara', como 'exhala', su faz alegre y tal hombre se dice 'exhilarado' y gozoso. Y como el uso del aceite tenga este

⁶⁶ El uso de 'exhilarar' viene obligado por el juego de palabras que hace después Pérez con 'exhalar'.

efecto sobre el hombre, por eso dice que 'exhilaré' su faz con el aceite, pues como el aceite es muy nutritivo por su grasa, buen humor y cualidad, por tanto causa buena salud en el hombre, y por ello es muy provechoso para condimentar cualquier alimento y es penetrativo en cualquier cura. Y vemos también de manera manifiesta que los hombres que usan por lo común aceite tienen el rostro lleno, graso, reluciente, de buen color, risueño y pronto a la risa y a la alegría. Por eso dice el profeta que 'exhilaré', es decir, alegre, su rostro con aceite, es decir, con el uso y la ingestión de aceite. Se puede decir asimismo que en las regiones de Oriente y del Mediodía los hombres ungen con aceite su rostro para que se muestre alegre y reluciente, según se ve en Daniel. Así pues, Dios por medio de la lluvia hace salir de la tierra el pan para comida, el vino para bebida y el aceite para condimento y adobo de los alimentos del hombre.

22. Precisión sobre los cedros. En segundo término se ha de advertir que el profeta alude en particular a los cedros del Líbano que plantó Dios, pues según Virgilio en las *Geórgicas*⁶⁷ hay algunas regiones de la tierra que espontáneamente producen ciertos árboles, plantas y frutos que no producen las demás. Como Arabia da el cinamomo, el incienso, etc., productos que no produce ni Alemania ni Escitia, de igual modo hay algunas frutas que no nacen si no se siembran por el arte y el cuidado de los hombres, como el trigo, la cebada, etc., y hay algunos árboles que nacen en algunos parajes de Persia por la sola providencia de Dios, sin el trabajo de los hombres, así como nace gran abundancia de cedros altísimos en el monte del Líbano. Estas virtudes y diferencias se las otorgó Dios a la tierra en el comienzo de la creación, según afirma San Agustín *Sobre el Génesis*⁶⁸: cuando dijo *Brote la tierra hierba verdeante* etc., entonces introdujo y creó en diversas partes de la tierra los poderes germinativos, de modo que la tierra brote y produzca espontáneamente tales plantas y árboles sin el esfuerzo del hombre, sólo por la influencia y virtud activa del cielo y del agua de la lluvia. Por eso dice el profeta que *de la lluvia se saciará la madera del campo y los cedros del Líbano, que sólo Dios plantó*.

23. Las guaridas de los animales. *Allí los gorriones.* Aquí alaba a la divina providencia por las disposiciones de los lugares donde se refugian los animales brutos. En efecto, Dios creó para morada de las aves los árboles altos, en los cuales ponen sus nidos y habitan para proteger su vida. Asimismo creó los montes altos para que sirvieran de refugio de los cazadores a los ciervos, a las cabras monteses y a los demás cuadrúpedos. Asimismo creó y dispuso grutas en las tierras y en las rocas para que fueran refugio y escondrijo de los topos, las liebres, las zorras y los demás animales peludos. Por eso dice que *los gorriones* y todos los pájaros harán su morada

⁶⁷ II 109ss.

⁶⁸ *Sobre el Génesis a la letra*, V 4, 9ss.; *Sobre el Génesis a la letra, incompleto*, XI 34-35.

y *pondrán sus nidos allí*, es decir, en los cedros y en los demás árboles, donde tener tranquilidad y proteger la vida de sus polluelos. Y *la casa del halcón es su guía*. Para comprender esto se ha de advertir que el halcón es un ave de presa y rapaz que habita y pone su nido en los cedros y árboles altos, y es de naturaleza tal que no busca comida en los parajes donde anida, sino lejos, a diez millas de distancia, de suerte que no hace daño a las aves que anidan y habitan en los árboles aledaños; por eso todos los gorriones y aves anidan y habitan de grado cerca de los nidos de los halcones, por su seguridad, ya que el halcón no sólo no les hace daño, sino que incluso los protege y defiende de las demás aves que viven de la rapiña: este halcón entre nosotros se llama gerifalte. Y por ello los demás gorriones y aves tienen el nido y el escondrijo del halcón como guía y refugio⁶⁹. Así dice el profeta que *la casa*, es decir, el nido y escondrijo, *del halcón es guía* y refugio de ellos, a saber, de los gorriones; y *los montes elevados son refugio de los ciervos* y de los demás cuadrúpedos; y *la roca cavernosa es refugio de los erizos*, es decir, de los animales peludos que son objeto de caza, como son los conejos, las liebres y también el erizo, porque todos estos animales, por su seguridad, hacen su madriguera en las grutas de la tierra y de las piedras.

24. Movimientos del sol y de la luna. Después, al decir *Luna en tiempos*, alaba la providencia y sabiduría divina en la disposición y variedad de los tiempos, que se produce por la alternancia del sol y de la luna, pues el sol en su traslación y órbita cuando está encima de nuestro hemisferio crea el día, y con su ausencia crea la noche: y cuando va por encima del otro hemisferio origina allí el día y acá la noche. Esto sucede por su movimiento diurno a rastras del *primum mobile*; ahora bien, por su propio movimiento —que hace un círculo oblicuo— causa las cuatro estaciones diferentes del año, esto es, el verano, la primavera, el otoño y el invierno, según su proximidad o lejanía de los polos. También la luna produce tiempos diferentes cada mes, según sea iluminada de manera diversa por el sol, y ello tanto respecto a sus partes como respecto a nuestra vista. En efecto, en la conjunción con el sol se ilumina toda su mitad superior, de modo que no vemos en modo alguno su luz, así que causa grandes alteraciones en el mar, en la tierra, en los árboles y en los animales a causa de su humedad. Pero conforme empieza a alejarse del sol comenzamos a ver una partecilla iluminada, y así crece hasta el primer cuarto, y después hasta el plenilunio, cuando está en la oposición con el sol; acto seguido empieza a acercarse al sol, y conforme se aproxima mengua su luz respecto a nuestra vista, pues respecto a ella misma siempre está iluminada su mitad. De este modo la luna, por sus aproximaciones y alejamientos del sol, causa y produce cuatro tiempos en la tierra y en el mar según sus cuatro cuartos. Esto es lo que indica Dios en esta parte, al decir: Dios *dividió la luna en tiempos*, esto es, o bien dividida en tiempos (suple: según su proximidad o lejanía del

⁶⁹ *La príncipe ducem et refugii.*

sol), o bien para dividir los tiempos. *Y el sol conoció su ocaso*, es decir, dispuso su movimiento de manera que, mientras va sobre la tierra, causa el día, pero después *conoció su ocaso*, al caer por debajo de nuestro horizonte; y así Tú, Dios, *pusiste las tinieblas* por la caída y la ausencia del sol, y así *se hizo la noche* sobre nuestro hemisferio.

25. Utilidad de la noche y el día. Pero como Dios no hizo tal disposición en los astros a la ventura y al azar, sino por un fin bueno para la utilidad y la vida de los hombres y de los demás animales, por eso añadió *Así se hizo la noche*, porque *en ella pasarán todas las bestias de la selva* y correrán en busca de comida; y *los cachorros de león* irán de noche *a coger su presa* y *a pedir alimento* de la providencia de Dios, pues el Padre celestial apacienta todos los animales, como afirma el Salvador en el capítulo VII de Mateo⁷⁰. Pero cuando *salió el sol* y brilla el día, entonces los leones y las demás bestias rapaces *se reúnen*, huyendo del día, y *se colocarán en sus madrigueras* y escondrijos. Por el contrario *el hombre*, cuando haya salido el sol, *irá a hacer sus faenas* y a realizar sus trabajos hasta el anochecer y la puesta de sol.

26. Providencia de Dios; generación y destrucción. De todo esto se desprende que Dios no dispuso los tiempos al azar ni en vano: distinguió el día de la noche por las razones antedichas y distinguió el año en cuatro estaciones según la proximidad o lejanía del sol a los polos por la generación y la corrupción de las cosas: en efecto, por la cercanía del sol al polo ártico se produce a este lado del ecuador la generación de los árboles y plantas, así como también la de los animales; a su vez, cuando el sol se aleja de nosotros y se aproxima al otro polo se origina la destrucción a este lado y la generación al otro lado del ecuador, según Aristóteles en el segundo *Sobre la generación*⁷¹. Por consiguiente, como todo esto procede de la suprema sabiduría y providencia del Sumo Hacedor y Arquitecto, por tanto exclamó admirado el profeta diciendo: *¡Oh, cuán magnificas son tus obras, Señor!*, es decir, ¡cuánto te has magnificado en tus obras! pues *todas tus obras las hiciste con gran sabiduría* y providencia, porque todo lo ordenaste por algún buen fin, a fin de que cada cosa produjese su fruto en el tiempo fijado. Y así *se colmó la tierra de tu posesión*, es decir, de tus dones y beneficios que provienen de tu mera largueza.

27. Disposición del mar. Después, al decir *Este mar grande*, alaba la sabiduría de Dios en la disposición del mar respecto a su grandeza, extensión, diversidad de espacios y lugares y habitación para la utilidad de los peces y el provecho de los navegantes. Para su comprensión se ha de advertir que, así como Dios hizo diversa la tierra por medio de los montes, valles y campos en pendiente para habitación de los

⁷⁰ Mateo, VI (y no VII) 26.

⁷¹ Cf. *Sobre la generación y la corrupción*, II 10 (336 b 2ss.); *Sobre la generación de los animales*, IV 10 (777 b 16ss.).

hombres y de los animales que respiran y viven en el aire, según queda dicho, de la misma manera hizo diverso el mar y lo extendió por diversos lugares para la vida de los peces y el provecho de los navegantes. En primer lugar, quiso que el mar fuera grande y espacioso por dos cosas: la primera, para que en él se engendrara cantidad de peces y los navegantes pudiesen arribar a puertos remotos; quiso asimismo que tuviera bajos cerca de la costa por los peces pequeños, y que en su centro fuera profundo por los peces grandes, para que aquéllos se salvaran allí y éstos no pudieran devorar a los peces pequeños nadando cerca del litoral; y quiso disponer entradas, golfos y puertos para que el mar tocara la tierra en muchas partes y las naves pudieran salvarse, huyendo al puerto en tiempo de tempestad. Así dice David: ¡Oh Señor! creaste *este mar grande, espacioso y ancho en manos*, es decir, en lugares, entradas y golfos. Como es grande, por eso se crean en él *reptiles y animales* que nadan y peces *grandes y pequeños sin cuento*: es decir, creaste –y continuamente se crean– innumerables peces y otros animales que nadan, de modo que nacen allí los animales que nadan, pequeños y grandes. Y como creaste este mar espacioso y lleno de grandes manos y espacios, por ello lo *surcarán las naves* y navegarán de una a otra costa y de una región a otra.

28. Las manos y brazos del mar. Aquí se ha de notar que esta palabra, *mano*, tiene tres significados; en el primero significa el miembro humano, en el segundo la fortaleza y el escuadrón de un ejército o de seguidores, y en el tercero significa las extensiones de los lugares, los brazos y los golfos o entradas del mar. En efecto, así como el hombre extiende sus manos y sus brazos para tocar algo de fuera, de la misma manera el mar extiende dentro de la tierra sus manos y sus brazos, que se llaman golfos, rías y puertos. De esta manera el Océano extiende primero un brazo entre Noruega y Alemania, que se llama golfo Codano o Germánico o Sarmático; en segundo lugar extiende otro brazo o mano más allá del ecuador, entre los montes de Etiopía y la tierra de Guinea, brazo que se llama golfo Hesperio, por el que hoy navegan los portugueses para excavar el oro de la Mina; en tercer lugar, extiende otro brazo por el angosto estrecho Gaditano entre África y Europa hasta Siria, brazo que se llama mar Tirreno; y este mar Tirreno envía otro brazo hacia el Norte entre Frigia y Tracia por el angosto Helesponto y la Propóntide, entrando así en el mar Pónico o Euxino, y después en la laguna Meótide por el angosto Bósforo entre el promontorio del Cáucaso y la Quersoneso Táurica, que se llama Caffa⁷². De todo lo cual se desprende que este mar Grande, es decir, el Océano, es llamado espacioso y extenso por sus largas manos, brazos y golfos. De la misma manera el mar Índico, cerrado por los montes de Asia y los montes del Austro, es llamado grande y espacioso de manos, porque tiene dos grados de longitud y cinco de latitud desde el Praso de África hasta

⁷² La ciudad fundada por los genoveses a comienzos del s. XIV.

Catígara, región de los sinas, y tiene muchos golfos, como son el Arábigo, el Pérsico, etc. Lo mismo se ha de decir del mar Caspio, que está cerrado por el Cáucaso, los montes de Media, los montes de Armenia y los montes de los sacas o de los maságetas. Y lo mismo cabe decir de otros mares desconocidos para nosotros, pues es menester por fuerza que más allá de los montes de Etiopía haya otros mares que reciban las aguas que corren de la otra vertiente de aquellos montes hacia el austro; y asimismo, más allá de los montes Séricos, hacia el Norte, se encuentra el mar Sérico, que recoge las aguas que corren de la vertiente septentrional de aquellos montes: mar que ciertamente era desconocido para los griegos y romanos en tiempo de Tolomeo, aunque después los tártaros, al salir de aquellas regiones, dieron a conocer a los persas, a los medos y a los latinos cómo allá, pasado el Ímavo, había un gran mar donde se juntaban todos los ríos que corren de las montañas circundantes. Y asimismo hay que presumir que más allá de los grandes montes de los sinas, hacia Oriente, hay otros mares en los que se juntan todas las aguas que corren de la vertiente oriental de aquellos montes. De todo esto se desprende que el mar no es uno sólo y que no contiene la tierra, como piensa el vulgo, sino que hay muchos mares, contenidos entre los montes y limitados por ellos, como sostiene Tolomeo, según se ha dicho. Y el mar no es mayor que la tierra, como aventuran algunos, sino que la tierra es siete veces mayor en tamaño que todos los mares, según se lee en el libro cuarto de Esdrás, capítulo sexto, donde se dice: *Y al tercer día ordenaste a las aguas que se juntaran en la séptima parte de la tierra, y a las otras seis las desecaste y las conservaste para que estén en tu presencia suministrándote lo que ha sembrado y ocultado Dios. Y en el quinto día dijiste a la séptima parte, donde estaba reunida el agua, que engendrarse los animales, aves y peces, y así fue*⁷³. De lo susodicho se deduce que la tierra es siete veces mayor que todos los mares, y sin embargo, el mar que se llama Océano es grande y se extiende por muchos golfos y brazos. Y esto lo ordenó Dios no sólo por la abundancia de pescado para comida del hombre, sino también por la navegación y para que los víveres que fructifican en unas partes sean transportados a otras y así todo el mundo participe de todos los bienes de la tierra.

29. Los cetáceos. Cuando dice después *ese dragón*, muestra que no sólo hizo el mar largo y extendido en sus manos, brazos y golfos para transporte de mercancías, sino que también lo creó profundo en su centro y lleno de bajíos en el litoral para que las ballenas y los peces grandes vivieran en lo profundo y los peces pequeños se salvaran junto al litoral de bajo fondo, al que los peces grandes no pueden aproximarse para devorar a los chicos. De este modo algunas veces los peces grandes son burlados por los pequeños, pues cuando una ballena u otro pez grande los persigue para devorarlos, entonces los pececillos huyen al litoral y la ballena, en su afán de

⁷³ Esdrás, IV 6, 42.

perseguirlos con gran ímpetu por aguas de poco fondo, se encuentra con que no puede nadar sobre la arena ni retroceder a aguas profundas, y así los marinos y los pescadores matan las ballenas y los peces grandes, engañados y burlados por los chicos. Por esto dice David: ¡Oh Señor! Tú hiciste este mar grande y espacioso de manos, porque en él hay reptiles pequeños y grandes y también porque por él pasan las naves, pero también lo hiciste profundo en su centro y lleno de vados en el litoral, para que esté también allí *este dragón*, es decir, la ballena y cualquier otro pez grande, *para ser burlado* allí por los peces pequeños⁷⁴ de la manera ya dicha. Por consiguiente, hay que advertir que por dragón se entiende la ballena o un cetáceo, así que en el I del Génesis⁷⁵, donde nuestra traducción⁷⁶ dice *Creó Dios los cetáceos grandes*, otra versión trae *Creó Dios los dragones grandes*; y en este lugar la versión literal de San Jerónimo dice *Este Leviatán que formaste* y la otra traducción tiene *Este cetáceo*, por lo que se entiende cualquier bestia marina. Por todo lo cual es evidente que Dios creó todas las cosas aptas para el fin debido, y procuró a todos los vivientes lugar, tiempo y alimento necesario para prolongar y conservar la vida.

Todas las cosas esperan de Ti, Señor. Aquí empieza un versículo⁷⁷ y también⁷⁸ una sentencia entre los hebreos. En efecto, después de haber mostrado antes que Dios creó todo y lo dispuso para su fin debido y procuró a todos lugar, tiempo oportuno y comida y bebida necesaria para la vida, el profeta en esta parte, volviéndose a Dios, dice en conclusión *Señor, todos los animales esperan de Ti que les des comida en el tiempo oportuno*, pues los animales brutos esperan de Ti que en la primavera les des como comida heno y hierba, y los hombres esperan el tiempo de la primavera para cosechar algunos frutos; el verano para segar el trigo y los demás frutos y mieses; y el otoño para hacer la vendimia y recoger otros frutos maduros conforme a su naturaleza. Por tanto, *gracias a que Tú les das* abundancia de frutos y alimentos, *recogen ellos los frutos* que Tú has creado y hecho crecer; y *gracias a que Tú abres tus manos* y los tesoros de tu largueza, *se colmarán todas las cosas de bondad*, es decir, de los bienes de la tierra por la bondad de tu largueza.

30. El doble apetito. Para su comprensión se ha de advertir que en los seres vivos hay un doble apetito, uno natural y otro voluntario. El apetito voluntario se rige por sí mismo, al ser el primer principio del movimiento, pero el apetito natural se rige por la inteligencia superior que mueve el universo. Por tanto, no sólo los animales perfectos

⁷⁴ *En vez de parais la príncipe trae pueris.*

⁷⁵ I 21.

⁷⁶ La de San Jerónimo.

⁷⁷ *La príncipe vesus.*

⁷⁸ *La príncipe por eciam trae eccia (= ecclesia). Corrijo el texto por la edición de Lyon.*

buscan y esperan el alimento a su hora para conservar la vida por un apetito voluntario y natural al tiempo, sino también las plantas y los animales imperfectos esperan lo mismo por un apetito natural dirigido por la inteligencia⁷⁹, porque la obra de la naturaleza es obra de la inteligencia⁸⁰. Por ello dice el profeta que todos los seres vivos, así plantas como animales, esperan de Dios que les dé alimento en el tiempo oportuno; y del mismo modo la hormiga, dirigida y movida por una inteligencia superior por orden divina, recoge el grano en el verano⁸¹ para el tiempo por venir.

⁷⁹ *La príncipe* directo.

⁸⁰ *La príncipe* quia opus nature est opus intelligenti (*supongo que quiso decir* intelligentie, tal como está corregido en la edición de Lyon).

⁸¹ *La príncipe* state.